

LOS NUEVOS DESCREIDOS

Acaba de publicarse el último número de la revista de pensamiento cristiano *Iglesia Viva*. Una revista de poca difusión, pero de indudable interés en muchos de sus números, en especial los monográficos acerca de algún tema vital para los católicos.

En este último trimestre del año dedica sus páginas a estudiar algunas tendencias actuales del catolicismo español. Sin duda no es un estudio completo y exhaustivo del tema, pero todos los artículos son interesantes, porque representan algo importante en el catolicismo actual de nuestro país, desde la postura de las conservadoras Hermandades Sacerdotales de San Antonio María Claret, en un extremo, pasando por la reflexión que hace Carlos Iglesias Selgas sobre la situación política española, el estilo apostólico del Opus Dei por José Miguel Pero-Sanz, la línea propugnada por los Propagandistas Católicos y por los Cursillos de Cristiandad, para llegar a los Movimientos especializados de la Acción Católica, que fueron frenados por la jerarquía eclesiástica, los nuevos ensayos de Institutos Seculares, como el I. M. S. (Instituto de Misioneras Seculares), y, por fin, las renovadoras Comunidades de Base, que quieren adoptar —por lo general— una postura bastante radical dentro del catolicismo hispano.

Incluye además este número una serie de trabajos personales entre los que quiero destacar uno que me parece especialmente interesante para nuestros lectores: el de Ignacio Fernández de Castro.

No voy ahora a hacer una reflexión sobre todo lo que escribe y piensa, pero me fijaré en aquellos aspectos religiosos de su comentario, que pueden servir mejor de reflexión y consideración a los que todavía somos creyentes dentro del contexto de nuestra sociedad española.

No trato con mis palabras de reflejar su postura global religiosa; mi cometido —como he dicho— es mucho más modesto. Trato de transmitir a los creyentes españoles algunas de sus reacciones actuales, teniendo en cuenta que hace unos años fue un profundo y sincero creyente, cuyo catolicismo le llevó primero a estar muy inquieto apostólicamente y después encarnó esta inquietud en los problemas políticos nuestros.

En este ejemplar de la revista *Iglesia Viva* podemos apreciar la multiplicidad de expresiones de la religiosidad en muchos hombres y mujeres —lo mismo jóvenes que maduros— que conviven los problemas del país, y los del catolicismo posconciliar.

No olvidemos nunca que casi todos los españoles hemos sido bautizados y, por tanto, educados, de conformidad con ese pequeño librito que se llamó catecismo. Ayer fue el catecismo del padre Ripalda, en nuestra capital española; o el del padre Astete, en el Norte del país. Hoy se ha usado un catecismo unificado por los obispos españoles, mucho más sencillo que el tantas veces difícil e incomprensible Ripalda, pero al mismo tiempo penosamente superficial. Terminando, en estos dos o tres últimos años, por vivir la infancia española a merced de los gustos dispares del clero que se dedica a la enseñanza religiosa, unos con mentalidad abierta y otros con mentalidad cauta o conservadora, pero siendo el resultado tan negativo como el de la experiencia anterior. La verdad es que, hasta ahora, hemos estado casi todos envueltos durante nuestra infancia religiosa, por los conceptos tradicionales del Credo católico, mejor o peor expresados. Pero nuestro trasfondo educacional ha sido éste y no otro.

Entre los que vivimos cualquiera de estas modalidades religiosas de formación, presentes siempre hasta hace poco en un catecismo u otro, hemos ido adoptando diferentes actitudes en torno a lo religioso.

Unos —los menos— han ahondado en estas ideas y las han vivido con más o menos profundidad, pero con sinceridad, buscando inquietamente la manera de plasmarlas individual y socialmente en sus propias vidas. El tono personal ha sido muy distinto, porque ha oscilado entre el integrismo superconservador hasta el progresismo católico, de avanzadas ideas en lo social y en lo religioso.

Otros, en cambio, colocaron en el capítulo de sus propios egocentrismos la religión, que quedó así reducida a una egoísta tabla de salvación, sin atención a los demás, sino al cumplimiento de ciertas prácticas religiosas que, según ellos, les hacían conseguir estar a bien con Dios en esta vida y también en la otra. Esas prácticas fueron, en el mejor de los casos, la confesión asidua y la Misa frecuente, y, en el peor, el devocionismo de los primeros viernes de mes (bastaba cumular nueve primeros viernes seguidos para salvarse) o las oraciones a la Virgen, que se consideraban infalibles para no condenarse; los hábitos o las colas al popular Jesús de Medinaceli, en Madrid, o el simple llevar un escapulario de la Virgen del Carmen, que aseguraba, si se moría con él, que no podría uno ir al infierno.

También estaban quienes, sin dejar de creer en teoría, no practicaban la religión de sus ideas, bien fuese por simple abandono o, lo que es mucho más importante, por una repugnancia espontánea a algo que consideraban poco serio y poco varonil en el tipo de vida religiosa que se les enseñaba. Incluso podían llegar a encontrarse hombres como el inquieto Unamuno, que arremetía como nuevo Don Quijote contra esto y aquello, y que hoy no sería considerado, como lo fue en su tiempo, un heterodoxo, sino un católico posconciliar. O el sereno don Luis de Zulueta, que leyendo hoy su «Oración de un incrédulo» se siente identificado el creyente posconciliar con él.

También estaban los que eran «antis», unas veces con razón y otras sin ella. Pero la mayor parte de las veces dignos de respeto, porque su reacción estaba en buena parte justificada por lo que habían visto en nuestra religión española oficial, y se habían hecho o no ateos, pero se encontraban —en su íntimo sentir— en contra de la creencia religiosa, como vimos, por ejemplo, en nuestros principales líderes sociales obreros del anarquismo y a veces del socialismo del tiempo de nuestra monarquía de principios de siglo.

Pero hoy se presenta ante nuestros ojos un nuevo tipo de hombres y mujeres —antes mucho menos frecuentes— que vivieron de lo religioso en otros tiempos, pero que hoy se han vuelto «descreídos». Y les califico así, no en sentido despectivo ni mucho menos, sino porque de verdad experimentan la sensación de haber dejado de creer. Por eso se les puede llamar con toda exactitud «descreídos». Y entre ellos los hay ateos convencidos, agnósticos que no se atreven a afirmar nada concreto acerca de la existencia o no de Dios, y, por último, quienes ni siquiera podrían ser clasificados claramente en esos dos grupos ni en ninguno, porque —al estilo de Ignacio Fernández de Castro— se encuentran muy cerca del agnosticismo, sin llegar a ser decididamente agnósticos, porque les queda un margen de catolicismo residual, sin haberlo sustituido completamente por otras aportaciones no-católicas, aunque este catolicismo residual «queda —en ellos— en cuarentena», y si «todavía no ha caído, ya no me parece indiscutible —como dice nuestro autor—, sino provisionalmente utilizable a falta de otra cosa mejor». En estos hombres, ese residuo, «aun siendo operante, ya no es vivido en forma de fe». Por eso tienen que decir: «Yo no puedo afirmar hoy que sea realmente católico, y mucho menos militante católico». Y se describen a sí mismos como «aquellos que han ido dejando de creer en todos los dogmas y se niegan a empezar a creer en otros nuevos... que no viven su fe de ninguna manera, que aguantan, más bien mal que bien, los efectos de haber sido católicos y los efectos que sobre su personalidad y manera de ser han ocasionado una herencia católica, una educación católica, un pensamiento católico... una moral católica...». Por eso afirman que «una parte cristiana, y quizá hasta católica, todavía queda de la etapa anterior»; pero queda puesta totalmente en cuestión, porque ya no parece indiscutible.

Habría que preguntarse, al final de estas breves reflexiones —que querría continuar en mi próximo artículo ahondando en ellas—, ¿cuántos no se sienten, en este país nuestro, representados por alguno de estos nuevos sentimientos y experiencias?

MIRET MAGDALENA